

# CUENTO

1ER. LUGAR

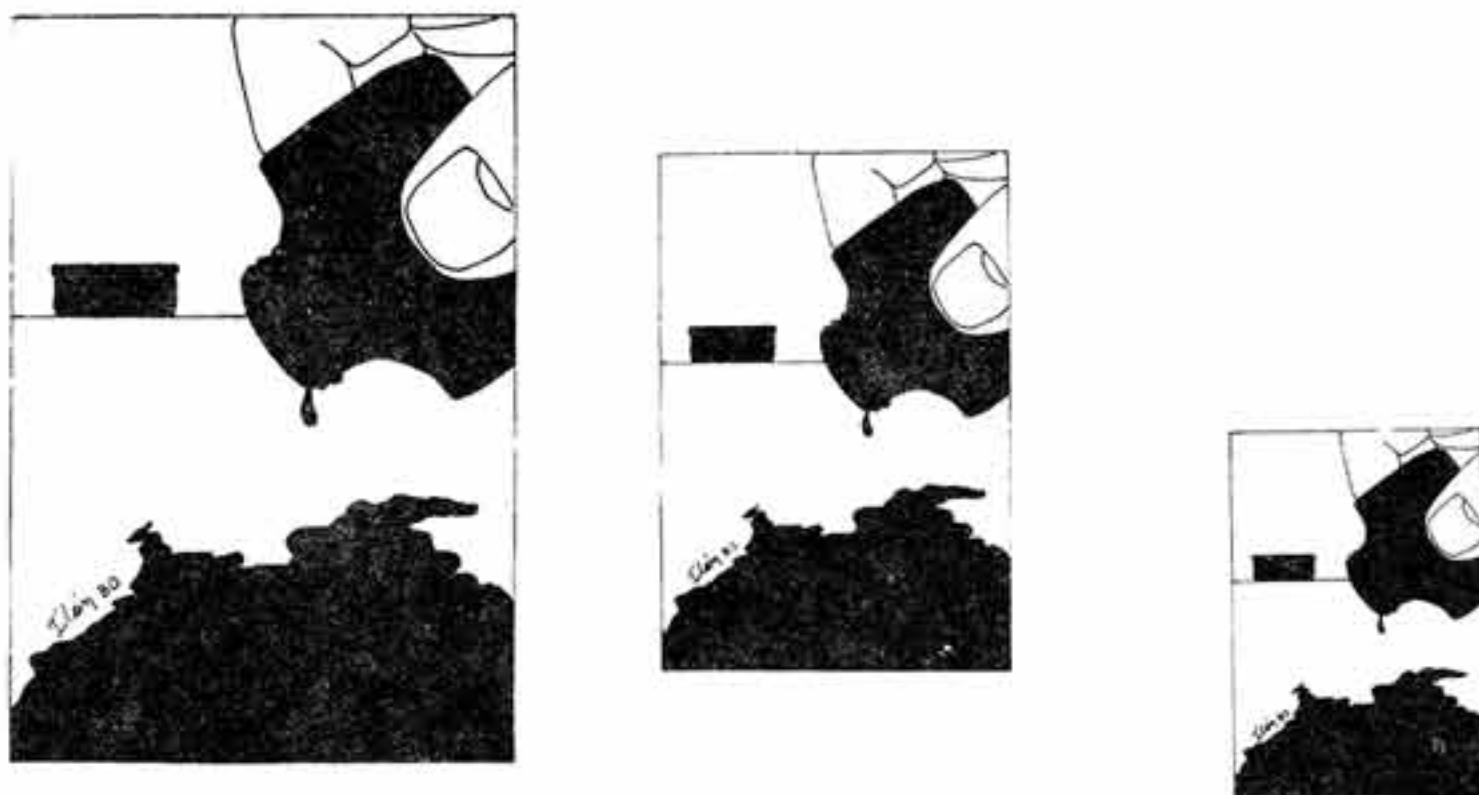
## DE COMO VENCIMOS EL ULTRASONIDO

*por Mariano Martínez*

“El escándalo era terrible; recuerdo que incluso tuve que apagar mis audífonos para no quedar sordo. Todos huían, el terror dibujado en sus rostros. Yo era el último de la columna. Ese puesto me lo asignaba con regularidad el teniente, en vista —según decía— de la confianza que me guardaba como francotirador. Pero aquel día los rayos de neutrones que le disparaba a la fiera (mis palabras ya fueron corroboradas por otros compañeros) fueron inútiles. A la primera señal de peligro desenfundé el desintegrador; escuché los primeros disparos, y luego las órdenes de retroceder que gritaba un cabo. De tres brincos alcancé a parapetarme detrás de unos viejos tanques de combustible, seguramente arrojados allí por alguna nave con sobrepeso. Nunca logré ver con claridad a la fiera, mi arma disparaba contra la gigantesca silueta que recortaba sobre una de las brillantes lunas del planeta”.

“En el informe anterior que rendí personalmente frente al consejo de seguridad de este sistema solar V-23 defendí la actuación de uno de mis mejores patrulleros, el soldado Rivas, y pese a las declaraciones de ineptitud que muchos de mis hombres le impugnaron, quiero recordarles que yo, como su teniente y segundo hombre en la fila de aquel día, pude observar como nadie el accidente. El soldado Rivas no logró percatarse —como tampoco nadie lo hubiera podido hacer— de la presencia de aquella fiera que acechaba a nuestro paso por aquel peligroso desfiladero, al cual por su estrechez y declive mis hombres han dado en llamarlo ‘la escalera’. El cabo Sánchez me rebasó y llegó hasta donde se encontraba Rivas. Apresuré el paso cuando escuché los gritos de ambos; parecía que luchaban contra algo o contra alguien, Sánchez ordenaba a Rivas que retrocediera, que esperaran a los demás, pero antes que tal pudieran hacer —lo digo porque en ese momento llegué al final de ‘la escalera’— la fiera abrió sus fauces y exhaló el primer gañido”.

“Mi declaración fue la última en redactarse, debido a que estuve varios días en el hospital de la base, inconsciente, con los oídos reventados. Tuve demasiada suerte. Creo que lo que me salvó fue el haber traído los audífonos puestos. Pero Rivas tenía la mala costumbre de no ponérselos debajo del casco; según decía, no soportaba las estupideces que platicábamos los demás cuando nos tocaba patrullar aquella sección, de noche. Por lo tanto aquella ocasión yo sí capté su transmisión y acudí a sus gritos de ayuda, pero él no habrá escuchado mis órdenes de retirarse del lugar. Así que sólo nos quedaba defendernos juntos. Le hicimos varios disparos al animal —o cosa, o fiera, o



lo que haya sido— estábamos aterrorizados. ¡Puig! ¡Puig! los rayos desintegradores no le hacían daño. Un segundo antes de perder el sentido ví abrirse sus asquerosos labios. Luego el maldito aullido que emitió —seguramente de alta frecuencia— y no supe más. El teniente afirma haber visto a Rivas proteger mi cuerpo del ataque del animal. El era un hombre muy robusto, debió haber caído después que yo. Propongo que al desfiladero de 'la escalera' se le bautice oficialmente en los mapas como 'DEFILADERO RIVAS' ''.

“Regresaba con mi escuadrón aquella noche. Nuestro sector de patrulla es el 19 oeste. Frecuentemente nos encontrábamos con la patrulla del teniente Becerril, en el desfiladero de 'la escalera' cuando ellos se dirigían rumbo a su zona, el norte, me parece. Esa ocasión me lastimó los oídos un sonido de alta frecuencia que parecía provenir del fondo del desfiladero. Desde una atalaya observamos la escena, iluminada apenas por la débil luz lunar. La fiera mediría dos veces la altura de aquellos hombres. Noté que el ultrasonido lo producía la fiera cada vez que habría sus enormes mandíbulas. En el suelo yacían dos patrulleros. Luego llegaron otros, y obedeciendo las órdenes del teniente Becerril se protegieron detrás de algunas salientes. Los disparos que le hacían no parecían herirlo. Nosotros comenzamos también a dispararle aprovechando la buena posición que teníamos. Yo le apuntaba a los ojos —como había visto que le hacían los astronautas en un programa de televisión—. Fue entonces cuando Díaz me hizo una señal de que se iba a adelantar hacia el monstruo. Nos distribuimos para cubrirlo. Yo no sabía —como lo declaré antes frente al Consejo de Seguridad— que Díaz trajera esa nueva arma. Ni sé de dónde lo habrá conseguido (dicen que en el buró de su papá). El caso es que al primer disparo, el monstruo rodó por el suelo, sus dañinas fauces vomitaban sangre, y contra la pared de la casa de doña Luz quedaron embarrados los sesos. Muchos vecinos salieron corriendo. La loca del 7 se desmayó. La esposa del monstruo gritaba horrible, pidiendo que unas vendas, y que una ambulancia y que la policía. Yo y el teniente Becerril nos pusimos a chillar cuando el Sr. Gómez mientras moría se encogía como lombriz con sal y vomitaba tanta sangre que hasta tosía”.

“El soldado” Díaz lloró, años después cuando salió del Tribunal para Menores, al regresar a su hogar y leer escrito en la escalera de la vecindad, con letra amarillas” DEFILADERO RIBAZ.